

de estar entre estrangeros; se sienten felices por que están de moda, y suspiran por su poco interesante y triste patria. Ciertamente la civilizacion, en estas partes meridionales de Austria, no está muy avanzada, pero si un hombre rico que está acostumbrado á las comodidades, se hace el ánimo de establecerse en estas partes, encontrará buenos simientos; y si no es tonto, se tendrá por muy feliz con establecerse en un paraíso, adonde la palma y el encino, la paz y la fuerza, crecen juntos como hermanos.

CAPITULO XIII.

RAGUSA.

—o—

Muy temprano por la mañana, mientras dormiamos bastante descansados, nuestro vapor entró en la rada de Gravosa, bahía principal del puerto de Ragusa. Cuando subimos sobre cubierta, echamos de ver que estábamos rodeados por las mas hermosas costas. Suaves y verdes cordilleras circundaban el profundo y azulado mar. En la playa se alzaban quintas erigidas al estilo veneciano, rodeadas de cipreses y otras plantas pertenecientes á la vegetacion meridional. Al país no podia llamársele precisamente magnífico ó im-

ponente, sino simplemente encantador. La vista de la ciudad de Ragusa se halla oculta por las alturas de Bella-Vista, de suerte que tuvimos que contentarnos con la de las cercanías inmediatas; las que, sin embargo, del todo recompensa al admirador de la naturaleza tal cual soy yo. La espléndida mañana estaba brillante, amena y agradable.

Hasta el medio día tan solo visitamos la ciudad. No obstante el anhelo que tenía por ver este lugar interesante é histórico, no me pesó el pasar esta deliciosa mañana sobre cubierta, con ese fresco y balsámico ambiente, y á la vista de una perspectiva tan hermosa. Aunque es mi costumbre cuando estoy viajando aprovecharme todo lo posible de cada oportunidad para buscar y adquirir conocimientos, no me opongo algunas veces en pasar unas horas revisando antiguas y agradables impresiones. El viajero que desea sacar provecho de sus viajes, es preciso que tenga el poder de luchar de nuevo, recordando sus conflictos y anotándolos en su diario. Solo mediante esto puede quedar grabado indeleble en la mente, y para toda la vida, lo que uno ha visto. Mucho tiempo despues, y sentado junto al fuego de su hogar, las aventuras pasadas florecen de nuevo en la memoria. Esto es lo que hice en es-

ta hermosa mañana, y me puse á escribir mi diario con mucho cuidado.

Desgraciadamente, mi hermano se vió obligado á paear en cama este hermoso día, habiéndose resfriado la tarde que visitamos á Castelnuevo, en el bocche di Cattaro. El Dr. F. se estuvo con él al principio de la mañana, pero mas tarde en el día, sin embargo, anduvo con C..... por Bella-Vista, y fué hasta la ciudad. El príncipe J. y el Baron K., se habian estado allí desde por la mañana, comprando algunas de las armas peculiares al país, lo mismo que un vino de Dalmacia de muy pobre calidad, para abastecer el buque; habiéndosenos casi agotado ese artículo tan necesario. El conde O. y yo, nos quedamos solo con mi hermano; el atento Dr. F., apenas había visto la poblacion cuando se volvió, y nos relevó de la asistencia del enfermo.

Remamos en un botecito á tierra (el único de su clase que se encontraba en Ragusa), y proseguimos por el camino real que mencionamos antes; estaba tambien hecho (sin embargo, era casi inútil) hasta la cima de Bella-Vista. Este punto muy bien merece su armonioso nombre, pues desde allí se presenta tres veces el mar á la vista encantada. Las rocas descienden perpendicularmente desde la montaña hasta el mar, el cual,

bramando y espumeante, se estrella contra las asperas y oscuras masas.

Cientos de magueyes que cubren los lados aumenta el efecto meridional. A la derecha se echa de ver la hermosa bahía de Gravosa. Una escena de la Arcadia! A la izquierda, aparecen las cúpulas de la ciudad, la que está erigida en un pequeño espacio al pié de un cerro. Quinta tras quinta de campo, se presenta á la vista, rodeadas de alegres jardines, llenos de palmas, laureles; granados, plantas sensitivas y otra vegetacion meridional. Por la parte extrema de la poblacion, se destaca del agua una roca elevada, sobre la cual descansa la fortaleza de "San Pietro." La cima estéril de esta altura, está coronada por el fuerte "Napoleon" y el fuerte Imperial.

Esta vista encantadora iluminada por una hermosa luz, me traia á la memoria frecuentemente las descripciones y los dibujos de la Sicilia. Es muy distinta á los paisajes Griegos. La Grecia causa una impresion y una melancolia vehemente y solemne, mientras que aquí está marcado el sello de la grandiosa y encantadora Italia.

Dejamos los coches y regresamos á pié á la ciudad. El camino rodeado de quintas, se inclina gradualmente hasta la fuerte muralla veneciana de la poblacion. Nos hicieron notar que por

una parte regular del camino, se hallaban vacías y sin habitantes las casas de campo. La razon era la siguiente:—En el año de 1805 fueron saqueadas por los Rasos y por los habitantes de Montenegro. Entónces los franceses se defendieron en el interior de la ciudad. El país está ahora pobre el poder de los nobles quebrantado, y están imposibilitados de vender sus posesiones á causa del vínculo que tienen. Hé aquí por que, á las desnudas murallas se les ha dejado en completo estado de destruccion.

Llegamos á donde habia unas dos entradas de piedra, cerca la una de la otra, y de allí nos introdujimos en la parte interior de la ciudad por una calle que estaba empedrada con unas losas blancas. Podiamos habernos imaginado que estabamos transportados á Venecia. Cerca de la entrada habia un convento de franciscanos, fabricado al estito Bizantino—gótico. Despues de este, se sigue una hilera de palacios, pertenecientes á la antigua nobleza.

Ragusa era, en ménor escala, una república como Venecia, gobernada por nobles, á cuya cabeza estaba un Doge que elegian de nuevo cada mes los senadores. Durante el vrebbe período de su cargo, no le era permitido el salir de su palacio, elegantemente adornado. Solo en ciertas fes-

tividades sacaba un pié fuera de la puerta. Esta libertad era casi como una prision para los presidentes de los senadores; sin embargo, se disputaban este honor.

Con el fin de que un noble no fuese mas poderoso que el resto, era necesario que sus posesiones estuviesen esparcidas por diferentes partes de la República de Ragusa.

En la época floreciente del gobierno Frances, fueron anuladas estas instituciones aristocráticas. Esta ciudad, en un tiempo independiente, con el resto de las tierras Venecianas, llegó á sujetarse á la corona de Austria. Solo el nombre de la nobleza se conserva por sus hijos, los que ganan un escaso sustento, en los magníficos edificios de sus antepasados. La gloria ha desaparecido, pero el odio de ciertos partidos de la república existe aún entre sus poderosos descendientes. Así como todas las contiendas domésticas se hacen á un lado al acercarse un poder invasor extranjero, así sucedió con Ragusa en el año de 1848; un cierto partido se alió con los Venecianos, aunque hasta entónces, los de esta ciudad se habían visto con animosidad.

De las calles, ricas en palacios, pequeñas y oscuras callejuelas, conducen al resto de la ciudad y aun aquí se destacan de vez en cuando hermo-

sos palacios. La ancha calle del centro, termina en el pintoresco lugar llamado Moneta. Del estado excelente del pavimento, es fácil echar de ver que los coches raras veces pasan por allí. Aquí igualmente nunca se cansa la vista de admirar la hermosa arquitectura. El mas notable entre todos los edificios es la Bolsa, con sus primorosas ventanas arqueadas al estilo Veneciano el gariton del centinela, y cerca de este la hermosa fuente de piedra, en cuyo tazon esquisitamente esculpido en transparentes chorros, arroja la agua mas buena y clara. En cuanto á arquitectura, allí está la hermosa aunque no grande iglesia consagrada á San Blasio, el santo patron de Ragusa. Entramos á esta, y me sorprendi mucho con la situacion del organo, pues está precisamente tras el altar mayor, pareciendo como si estuviera colgado en la pared.

Despues nos dirigimos á la "Piazza del Duomo," adonde se halla el palacio del Doge—imitacion en miniatura del de Venecia—y la catedral. Está construida de una piedra blanca, al estilo Romano. Contenia una capilla muy cargada de adornos de oro.

En el centro de la iglesia vimos una inmensa cantidad de reliquias notables en extremo por su antigüedad, y por su esquisita montadura. En-

tre estas había una de una clase bastante desagradable: el cuerpo entero de un santo hecho de cera y pintado para mostrar adonde había recibido sus heridas mortales. Los padres parecían venerar esta reliquia en particular. Nos mostraron esta colección con grande orgullo, y no sin justa razón, pues rara vez he visto un número tan considerable de reliquias en un solo lugar.

De entre tantos objetos notables, dos me llamaron muchísimo la atención. Un vaso y una vasija de oro. Dentro de estos podíamos ver los símbolos del Océano esquisitamente labrados en un metal oscuro. Se componía de pescados, lagartos, cangrejos, salamandras y otros reptiles semejantes. Un padre me manifestó su sentimiento de que la máquina de esta pieza se había descompuesto, pues antes al lavarse uno, en el momento que la agua tocaba el fondo de la vasija los pequeños reptiles se movían en círculo, impulsados por la presión del agua.

En la época en que usaban los hombres trenza, al clero le gustaban estos pulidos tesoros del arte, y se encuentran todavía objetos de esta clase en muchos de los conventos.

De la iglesia nos fuimos al palacio del Doge. En el piso bajo vimos una ancha y larga galería, sostenida por unas columnas, con unos arcos Mo-

riscos. Una de estas pilastras es del templo de Esculapio de Esidorus, llamado ahora "Ragusa Vuchia." El chapitel está decorado con "altos relieves" típicos, representando el arte del semidios. El palacio tuvo en un tiempo un segundo piso, el que fué destruido por el espantoso terremoto de 1760.

Desde el patio interior una escalera Arcadia conduce al primer piso. Al fin de esta, hay un busto de palo forrado ligeramente de zinc; este representa á un ciudadano de la República, á la cual había legado una gran cantidad de dinero. Todos los estados se muestran muy agradecidos por hechos patrióticos de esta naturaleza. La magnificencia de los aposentos interiores del palacio ha desaparecido enteramente, y en vez de tener un Doge, un capitán de los Guardias está instalado allí, y con él encontramos al resto de nuestros compañeros de viaje. Este capitán nos condujo á un terrado perteneciente al palacio, desde donde teníamos una hermosa vista de algunos de los palacios, el mar y la pequeña bahía de la ciudad.

Cuando dejamos el palacio ducal, en camino á la ciudad pasamos el hermoso convento Dominical, que está en ruinas. También quisieron enseñarnos el lazareto turco y el bazar, situados cerca del mar. Este último forma un contras-

te completo con el de Esmirna, siendo este un lugar de aspecto desolado y vacío, en donde los turcos hacen sus negocios con los habitantes de Ragusa tres veces á la semana. Con gran placer me eché de ver á unos cuantos Mahometanos con sus magníficos trajes, que me traían á la memoria mi querida Esmirna.

Al regresar por la ciudad pasamos por unas cuantas calles de palacios, y terminamos nuestra vrébe permanencia en Ragusa, con una visita al convento de Franciscanos, el que está situado cerca de la muralla de la ciudad. Lo mas interesante del convento eran los claustros, fabricados con un estilo suntuoso, y prolongandose al redor del círculo esterno de las murallas. Sobre de estos, y sostenido por hermosas columnas, al estilo Bizantino descansa un ancho terrado con una balaustrada de piedra hermosamente esculpida. Esto terrado sirve para que se paseén los monjes. En el centro del patio se eleva un magnífico naranjo. El amable Prior nos enseñó todo el convento. Entre otras cosas, es de alguna consideración la biblioteca nuevamente construida. En la puerta volvimos á encontrar nuestro espléndido tren y regresamos con el capitán á Gravosa por Bella-Vista.

Ragusa, me habia hecho una grande impresión con sus innumerables recuerdos históricos. La

hermosa situación, el clima suave, y los objetos variados encantan la vista del "conocedor." El capitán nos acompañó há el buque, pues intentaba enseñarnos los renombrados platauares de Cenossa, despues de la comida, y lo mismo que á la mañana siguiente, acompañarnos á Curzo y á Sabioncella.

Hubieramos partido al instante, estando ya listo el vapor, á no habersenos perdido nuestro buen K. completamente en la biblioteca de la ciudad á tal grado que no regresó hasta ya tarde acompañado de un Franciscano y de un padre, entre los cuales parecia como si estuviera en pena. Se hallaba de tal manera engolfado en su conversacion científica, que absolutamente echó de ver el bote que lo habiamos mandado. Al fin, ya que estabamos á bordo salimos de Gravosa, y navegamos entre las islas de Callamota. Mezzo y Guipana, á Canosa, á cuyo lugar llegamos despues de la puesta del sol.

El capitán nos dijo que en la isla de Mezzo, enseñan hasta la fecha una capa que en un tiempo perteneció á Carlos V. Un hombre de alto puesto tuvo una audiencia con este Emperador, mas estando de prisa, le recibió con esta misma capa. En el curso de la entre vista, le permitió al pretendiente que le pidiese un favor. Como que